

Rafael Núñez

Indalecio Liévano Aguirre

Rafael Núñez
©Indalecio Liévano Aguirre
Colección Presidentes de Colombia N° **10**
Primera edición 1944
Reimpresión, noviembre de 2020
© Ediciones LAVP
www.luisvillamarin.com
Cel 9082624010
New York City USA
ISBN 978-1-716-42763-3
Ediciones LAVP

Todos los derechos reservados para la reimpresión o comercialización de esta obra literaria de carácter histórica. En consecuencia, y sin la debida autorización escrita del editor, no se podrán realizar reimpresiones parciales o totales, ni reproducciones de la misma por ningún medio escrito, reprográfico, de audio, de video, electrónico etc.

INDICE

Primera Parte	
Un drama de generaciones	6
La atracción de la gloria	23
El radicalismo en Colombia	41
Las vacilaciones de una gran ambición	58
Doña Gregoria de Haro	71
La convención de Rionegro	87
Núñez en Europa. Sus grandes rectificaciones	98
Segunda parte	
El ocaso del radicalismo en Colombia	113
Doña Soledad Román: El alma de Núñez	139
La lucha electoral de 1879.	155
Primer gobierno de Núñez	169
Núñez defiende su obra de gobierno	206
La política radical coloca al liberalismo de espaldas	233
Tercera parte	
La guerra civil de 1885	259
La constitución de 1886	281
La guerra contra la usura	317
La solución al problema religioso en Colombia	333
La cumbre de un destino histórico	359
Las brumas del largo misterio	377
Cuarta Parte	
La regeneración en marcha	391
Los partidos tradicionales contra el nacionalismo	425
El helado cadáver de la esfinge	445
Epílogo	470
Bibliografía	477

Primera Parte

La lucha interior que se siente en los corazones escogidos, y en la cual sobrenadan deseos y aspiraciones que no pueden saciarse, no es más que la noche y el crepúsculo de la inmortal aurora.

Rafael Núñez

Capítulo Primero

Un drama de generaciones

Las disonancias no resueltas en las relaciones de carácter y de manera de ser del espíritu de los padres, continúan resonando en el ser del niño y producen su historia pasional interior.

Federico Nietzsche

El drama de una ambición en el tiempo. —El abuelo. —La madre. —El padre. —Primera visión del mundo. —Sus primeros fracasos y sus primeros odios. —La atracción del poder. —El Amor. — La sabiduría de la vida. —El castigo de la realidad implacable.

La vida de Rafael Núñez es la victoria de una familia de vencidos; es el triunfo de una ambición lastimada durante varias generaciones por la adversidad y la derrota. Rafael Núñez es la cumbre victoriosa de esa ambición y por lo tanto su final. Sus padres y abuelos sólo le legaron el dolor de grandes derrotas y la inmensa necesidad de convertirlas en victorias. Por ser el heredero de una tradición de humillaciones y dolores, su vida presenta a veces aspectos de venganza atávica.

Don José María Moledo, el abuelo materno, barcelonés de nacimiento, aristócrata por temperamento y por tradición, llegó en 1790, movido por la ambición de riquezas y especialmente de gloria a las tierras del Nuevo Mundo, tan propicias para los hombres valientes y resueltos.

Refinado, buen militar, generoso y pendenciero, todo hacía pensar que tendría una carrera triunfal. Contrajo matrimonio con doña Andrea de Hormaechea, de la cual tuvo un hijo, que, como la madre no vivió mucho.

En 1810 contrajo nupcias con la mejicana María Rafaela García de Ferro, con quien nunca pudo entenderse y de quien tuvo una hija, Dolores Moledo, destinada a ser la madre del *regenerador*.

Poco después partió para Santa Fe, donde se puso al servicio de la causa de la emancipación, obteniendo el nombramiento de **Director Supremo de la Guerra** por esta provincia. Sin embargo, esto que parecía ser el primer paso hacia la realización de sus ambiciones, fue solamente el principio de sus dificultades. Su nacionalidad española suscitó desconfianzas entre los patriotas y le creó resistencias que le fue imposible vencer. Por eso no tardó en abandonar a Santa Fe con dirección a Cartagena, adonde fue nombrado comandante del batallón "*Fijo*".

Pero allí, sólo aumentaron sus desgracias; en la guerra entre los realistas de Santa Marta y los patriotas de Cartagena, perdió la batalla de "*Pedraza*" y fue acusado de "*traidor*", —destino trágico de esta familia— y destituido del mando.

Luego, su vida se pierde en la mediocridad de la derrota, de una derrota que le cerraba cruelmente todas las puertas del éxito; y pocos años después muere, sin dejar otra huella que la de sus desventuras, y su hija, quien pasó a manos de don Vicente García del Real, con quien contrajo matrimonio la señora de Moledo poco después de enviudar.

Así termina la primera etapa de este drama de generaciones. Pero Dolores Moledo creció y la historia debía continuarse con su implacable dramatismo. Bella, ardiente, llena de ilusiones, todo lo esperaba de la vida y del amor. Educada en un ambiente distinguido como el del hogar de su padrastro y cuidadosamente alejada de todas las pequeñeces del mundo, nunca pudo transigir con nada que no fuera virtuoso y elegante.

A los 14 años conoció a su primo el coronel Francisco, Núñez García, hombre atractivo por muchos aspectos, de apariencias toscas, pero de fondo tierno, acostumbrado a disimular sus sentimientos más delicados por su larga vida en los cuarteles, en la cual, cuando no se es duro hay que parecerlo. En sus aventuras galantes el coronel Núñez García, fue siempre un hombre reservado que disimuló con una supuesta alegría las amargas decepciones de su juventud. Tal vez, por eso, el día que conoció a la señori-

ta Moledo, niña de 14 años, se prendó de ella al adivinar que a esa jovencita que lo ignoraba todo, podría confiarse por completo; que con ella podía ser tierno sin parecer ridículo, amarla con devoción sin ser rechazado.

Y así, este hombre ya maduro, curtido en los campos de batalla, acostumbrado al lenguaje de los campamentos y a las voces de mando, comenzó la conquista de la niña de 14 años, para quien los hombres eran más maravillosos cuanto más desconocidos.

Vestido con su brillante uniforme de coronel que embellecía su figura de atleta, se presentaba por las tardes en la casa de don Vicente y allí, en la penumbra de la gran sala de recibo, llena de antigüedades que ponían un tono de triste majestad en el ambiente vespertino, el hombre rudo intentaba ser sutil, y sus labios acostumbrados a las palabras de muerte balbuceaban tímidas palabras de amor, que la señorita Moledo escuchaba con turbación, prendada en su sencillez juvenil, de ese rostro en el cual parecía reflejarse una gran pasión.

Y el amor de un hombre cansado y el de una niña llena de ilusiones, los llevó al matrimonio. Al principio fueron felices. El descubrió un mundo de delicadezas ignoradas, y ella uno de voluptuosidades desconocidas. Poco después, el 28 de septiembre de 1823, nació el primer hijo, Rafael Wenceslao Núñez Moledo.

Mas la guerra y la política no tardaron en alejar al coronel de su hogar. La ambición de toda su vida fue llegar a igualar a los grandes caudillos de su época: a Montilla, a Obando. Por eso ansiosamente buscó en los campos de batalla y en las intrigas de la política, la fortuna y la gloria que lo elevaran hasta ellos.

Por eso abandonó su hogar y volvió a su antigua vida militar, volvió a ser el hombre de guerra, el aventurero, y otras mujeres llenaron sus ratos de ocio en los campamentos. De esos amores tuvo otro hijo: Miguel Núñez.

Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles: ni la fortuna, ni la gloria vinieron a él. *"Buen oficial para mandar un batallón —dice Tamayo, exactamente— se distinguió en el arma de artillería; no ejecutó proeza digna de figurar en la historia, no obtuvo fuera de pasajera recompensa, altos honores. Temperamento exaltado, el destino le obligó a vivir en los*

cuarteles con mezquina paga. El coronel Núñez fue el tipo del hombre que siempre llega tarde a todas partes; de ahí su infelicidad".

Todas estas derrotas agriaron más su carácter y lo lanzaron a una vida de desenfundadas licencias que lo separó aún más de su hogar.

Doña Dolores, demasiado joven para comprender y más aún para soportar, al ver rotas todas las ilusiones de su juventud, lloró con esa infinita amargura con que las mujeres verdaderamente virtuosas se despiden para siempre de la felicidad y del amor. Después, la soledad y el orgullo la endurecieron y se encerró en su casa de la calle del Coliseo, resuelta a no dejar adivinar de nadie el fracaso de su corazón.

Allí su único consuelo fue su hijo Rafael; en su enorme desventura, su hijo se convirtió en el centro de sus afectos. Huérfana de caricias y ternura, todos sus mimos fueron para ese hijo suyo, profundamente sensible y afectuoso. Y así, poco a poco le fue llegando la tranquilidad, una tranquilidad resignada, que sólo interrumpían las no muy frecuentes visitas de su marido. Y en ese hogar dominado por la sombra de una pena secreta, y huérfano de afectos paternos, fue creciendo el futuro **Regenerador**. Adorado y consentido por su madre, cuidado por su padre, a su manera, es decir, de un modo un tanto frío, en su espíritu se fue formando lentamente una misteriosa simpatía por la mujer, simpatía que en el curso de su vida habría de constituir uno de los más salientes rasgos de su carácter.

Los pocos datos que hay sobre su infancia nos lo presentan como un niño débil, enfermo con frecuencia, de rostro pálido, muy efusivo y afectuoso y dotado de unir imaginación verdaderamente precoz.

Todos los innumerables cuidados que le procuró su madre, y el amor, casi apasionado de ella para con ese hijo, único consuelo de su soledad, formaron en él un afecto hondo, inconsciente, que se cristalizó en una dependencia absoluta del niño con la afligida madre.

Dormía junto a ella, jugaba siempre a su lado, escuchaba embelesado de sus labios, viejos y emocionantes cuentos de piratas, y sobre todo, se iba dando cuenta poco a poco que, en medio de la vida atormentada de su madre, él era su única esperanza, y sentía entonces un inmenso deseo de sobresalir de ser poderoso para darle gusto 'en todo, para que todos la

miraran como a una reina.

*"Oh madre! en la natura no hay sonido
que exprese claramente lo que has sido
para el hombre, lo que eres y serás!
Que tu imagen, más grande que la idea,
es imposible que copiada sea,
pues para ello la pluma es incapaz".*

("La Madre")

Y así pasan algunos años; el niño crece, y tiene que salir del hogar para entrar por primera vez en contacto con sus semejantes en la escuela. Su salud no ha mejorado mucho, su cuerpo es débil y al entrar en ese mundo desconocido un extraño temor se apodera de él.

Cuando inició sus estudios, era Cartagena uno de los centros militaristas más importantes del país. Allí estaba intacto el espíritu bélico de la **Guerra Magna** y una heroica brutalidad saturaba el ambiente de la población.

Y el niño de naturaleza débil dio sus primeros pasos en ese medio fuerte y cruel. Acostumbrado a ser el centro de todo en su hogar, la convivencia con compañeros que se burlaban de su figurita endeble, fue un cambio brutal, que produjo una honda revolución en su espíritu.

Esas primeras épocas de la vida son para el hombre un ensayo de acción sobre su medio y sobre sus semejantes, y el resultado de tal ensayo, según sea adverso o favorable, deja en el espíritu huellas imperecederas; si se obtiene un resultado satisfactorio para el niño, el hombre será un ser tranquilo, audaz y seguro de sí mismo; en cambio, si se fracasa, resultará un hombre prudente, y hábil en la búsqueda de subterfugios protectores de la personalidad, subterfugios que podrán ser el cinismo, la vanidad, o la aparente seguridad de sí mismo, actitudes todas que indican el empeño de disfrazar realidades íntimas que no se quieren dejar conocer.

Este primer choque del joven Núñez con su ambiente deja en su espíritu la amarga sensación de que el mundo le es hostil, de que la soledad ha de ser en adelante su refugio. Una gran desconfianza por los hombres, por sus camaradas lo aleja de ellos, y lo obliga a envolverse en una actitud